

891.85  
S.

PG7158  
S4  
C78  
V.2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

---

## LOS CRUZADOS

---

V

El príncipe no se opuso al duelo, pero insistió en que Rotgher escribiera al gran Maestre diciéndoles que voluntariamente había aceptado el duelo con el marido de Danusia.

La carta fué enviada por un paje, á fin de que la llevara á la frontera, donde la echaría al correo, porque los templarios habían introducido en su país tan importante servicio, desconocido en las regiones vecinas.

La nieve del patio del castillo se apisonó y recubrió de ceniza, á fin de que los caballeros no resbalaran sobre la helada superficie.

La agitación general era palmaria. Durante la noche, pocos caballeros pudieron conciliar el sueño; pensaban que los duelos á caballo con lanza y espada, terminan siempre con heridas graves, ó con la muerte de uno de los adversarios.

Temían por Zbishko, y algunas damas pasaron la noche

en oración. Zbishko confesó y comulgó con devoción suma.

Algunas señoras, mirando el rostro casi infantil del gallardo mancebo, exclamaban:

—¿Es posible que un niño resista los golpes de la espada alemana?

Todos rogaban con fervor por la victoria de Sbishko, quien, si tenía el rostro delicado de una niña, poseía en cambio hombros y pecho de un Hércules.

El duelo debía verificarse en el patio, al que daban muchos balcones y tejados.

Al ser de día, el príncipe y la princesa ocuparon, con sus pajes, el mejor sitio, de donde se dominaba todo el patio. Al rededor de éste sentáronse caballeros y señoras, y se dejó un gran espacio para que el pueblo pudiera presenciar la lucha.

Amaneció el día frío y espléndido. La espectación era grande; cuando la trompa anunció la presencia de los combatientes, todos se pusieron en pie.

Los dos guerreros comparecieron por los opuestos lados de la liza.

Los espectadores les miraron con religiosa atención; todos pensaban que al cabo de un instante, un alma, ó quizá dos, volarían al cielo dejando el cuerpo inanimado sobre el frío suelo.

Las señoras estaban pálidas; los caballeros examinaban el continente de los adversarios, tratando de adivinar cual obtendría la victoria.

El templario llevaba una coraza maciza, cubría su cabeza un reluciente casco, con la visera levantada y con plumas en la cimera.

Zbishko llevaba la armadura milanese; su casco no tenía plumas, y calzaba botas de cuero.

En el siniestro brazo ostentaban ambos el escudo; el del templario tenía tres leones rapantes y el de Zbishko llevaba en su centro una herradura.

Con la diestra empuñaban largas y pesadas hachas; les seguían Glava y Fan-Krist entrambos con corazas de hierro, hachas y escudos.

La divisa de Fran-Krist era una mata de ojiaquito; la de Glava era una cabeza de buey con una espada hundida en un ojo.

Sonó la trompa por segunda vez; al tercer toque debía empezar la lucha entre los dos adversarios; entre uno y otro mediaba cortísima distancia; la muerte parecía alejarse en la brisa que ondeaba el penacho del alemán.

Antes que empezara el duelo, Rotgher se acercó al balcón de los príncipes, y levantando la cabeza, dijo en alta voz, para que lo oyera el pueblo:

—Pongo por testigo á Dios, ilustre príncipe y caballeros de esta comarca, de que no soy culpable de la sangre que se verterá.

Esparcióse un murmullo de mal agüero. La tranquilidad del templario intimidaba á los más esperanzados.

Zbishko, volviéndose hacia el techeque, exclamó:

—Debería alabarse después de mi muerte, y no ahora. Este bellaco tiene un penacho en la cabeza y yo he jurado arrancar tres: ¡Dios me envía uno!

—Señor,—contestó el techeque, inclinándose para coger un poco de ceniza á fin de que el hacha no se escapase de sus manos,—quiera Dios concedernos pronto la victoria á fin de que pueda poner el hacha entre las piernas del templario y echarle la zancadilla.

—No,—exclamó Zbishko,—nos deshonraríamos ambos.

Sonó la trompeta; los escuderos empezaron en seguida la lucha. Rotgher y Zbishko se acercaron con paso lento y grave como exigía su condición y su dignidad de caballeros.

Pocos eran los caballeros que prestaban atención á la lucha de los escuderos, pero los criados y el populacho,

que seguían con avidez aquel combate, advirtieron bien pronto la superioridad de Glava.

El alemán manejaba el hacha con poca soltura y los movimientos de su escudo no eran rápidos, ni sus piernas tenían aquella rigidez muscular que indica la fuerza.

Glava acometía con tanto empuje, que Fan-Krist hubo de retroceder desde el primer instante. Los espectadores comprendieron que uno de ambos luchaba ya, no para vencer, sino para retardar su muerte.

Fan-Krist comprendió muy tarde que su enemigo tenía una fuerza extraordinaria y que había sido un fanfarrón al desafiarle; los golpes de Glava hubiesen derribado, no sólo á los mejores guerreros, sino al más robusto toro.

El alemán parecía haber olvidado que no sólo tenía que defenderse, sino también herir; el hacha de Glava levantábase y bajaba hiriendo y destrozando.

Fan-Krist, á cada golpe creía caer muerto, y cerraba los ojos como para encomendar su alma á Dios. Pronto se agotaron sus fuerzas; las piezas de la coraza empezaban á caer; el escudo había perdido su forma, y tenía la correa cortada y sangrienta.

El alemán, con el cabello suelto y bañado en sudor frío, trató de derribar á su adversario agarrándose fuertemente á sus piernas; ambos cayeron rodando sobre la nieve. El tcheque, con un esfuerzo supremo, se puso sobre el alemán, y apretándole contra el suelo, sacó de su cintura un largo puñal, llamado comunmente de misericordia.

—¡Piedad!—murmuró Fan-Krist mirándole con ojos suplicantes; pero Glava, por toda contestación, hundió el puñal en el cuello del alemán, y luego, poniendo un pié sobre el cuerpo de su enemigo, contempló la lucha ruda y difícil de su dueño con el templario.

Los caballeros de occidente acostumbrados al lujo y á la molicie de una vida descompasada eran menos fuertes que los nobles de Polonia y de Masovia, los cuales, com-

batiendo desde su niñez, realizaban proezas que admiraban hasta á sus enemigos.

No es de extrañar, por lo tanto, que Zbishko superase en fuerzas al templario, como Glava al alemán Fan-Krist, pero advertía el más lerdo que el joven no era tan práctico en el manejo de las armas, como el experto Rotgher.

La elección de armas, había sido favorable para Zbishko, ya que el hacha, requiere menos habilidad que la espada larga ó corta, que debe manejarse por quien conozca la táctica de la esgrima.

El alemán, con tal arma, de fijo que hubiera salido vencedor.

Los espectadores seguían la lucha con gran interés. Rotgher, aparecía como un luchador consumado; á cada golpe de Zbishko, oponía el escudo, sin estender el brazo, y así, los golpes más fuertes, hallando poca resistencia, no destrozaban la convexa superficie; otras veces, retrocedía y otras atacaba, siempre con calma más tan rápidamente que apenas se advertían sus movimientos. El príncipe temía por Zbishko y los rostros de los caballeros aparecían todos cegijuntos.

El alemán, que casi jugaba con su enemigo, inspiraba gran terror. A veces, paraba los golpes con solo hurtar el cuerpo á derecha é izquierda, sin alzar siquiera el escudo, y con tal destreza que los golpes de Zbishko se perdían en el vacío, lo cual era muy peligroso, porque con facilidad podría el joven perder el equilibrio y caer, y entonces la muerte hubiese sido inevitable.

El tcheque miraba atentamente la lucha y murmuraba entre sí: «Juro á Dios que si cae mi amo, doy al alemán tal hachazo en la espalda que le reviento también.»

Zbishko no caía, firme y erguido sobre sus robustos jarretes y sobre sus ligeros piés.

Rotgher al sentir la fuerza de su enemigo, no trataba como parecía, de burlarse de su contrario, sino que cuando empezó á sentir su brazo fatigado, pensó que el duelo

tomaba mal cariz y sino conseguía derribar al gallardo mozo con alguna estratagema, la lucha duraría largo rato y acabaría por serle funesta.

Zbishko no caía y el alemán empezó á inquietarse. Zbishko no sabía saltar como él, á derecha é izquierda, más guardábase con el escudo, dejando únicamente descubierto el espacio necesario para mover con desembarazo el hacha.

Rotgher, había viajado mucho y en lejanos países, supo que había en el mundo hombres creados á imagen y semejanza de las aves de rapiña, las cuales sin estudio ni preparación, hallan en sí mismas la facultad de luchar con fortuna y guiadas por su instinto.

Desde los primeros golpes comprendió que se hallaba frente á frente de uno de ellos; Zbishko era el haleón que veía en su adversario una presa y solo piensa en hacerla suya.

Reconociéndole más fuerte, el alemán pensaba que si se le agotaban las fuerzas, antes de intentar un golpe decisivo, la lucha con aquel muchacho acabaría mal para él.

El templario aún cuando estuviera persuadido de que el tcheque no le asaltaría por la espalda, no estaba muy tranquilo al verle cerca; sentía ese malestar que experimentamos cuando vemos que un oso, un búfalo ó un lobo se nos acerca. No podía librarse de este temor porque el tcheque, atento á la lucha, cambiaba á menudo de sitio, moviendo el hacha á compás de los combatientes.

El templario estaba rendido, dos fuertes golpes dirigidos á Zbishko le fallaron, porque fueron tan bien parados, que el alemán á poco deja caer el hacha y se rinde á su adversario.

Desde aquel instante, no hizo más que retroceder, y no solo las esfuercos sino la sangre fría le faltaban.

Viendo el cansancio de Rotgher, los espectadores lanzaron un grito de alegría que exasperó al tudesco; los hachazos redoblaron. La frente de ambos guerreros estaba cu-

bierta de sudor; un anhelar cansado escapábase de sus apretados dientes.

Los espectadores no conseguían contener el júbilo y oíanse gritos y aclamaciones.

— ¡Véncelo!

— Es el castigo de Dios.

— ¡Duro!

El príncipe hizo señal de silencio, pero en vano, los comentarios y la gritería aumentaron.

Una voz de mujer exclamó:

— ¡Acuérdate de Danusia!

El joven no se había olvidado de ella; pensaba que el templario tomó parte en el rapto, y estaba sediento de venganza, pero al oír el nombre de Danusia, el amor, la ira, el odio, lo encendieron de tal modo, que el templario no alcanzaba á parar los golpes que llovían sobre él, rápidos, potentes. La mano entumecida apretaba mal la correa del escudo, que al chocar con el de Zbishko, cayó con estrépito.

Rotgher retrocedió pero el hacha del joven cayó sobre su hombro derecho; oyóse un grito, y el alemán se desplomó sobre la nieve.

Los espectadores parecían enloquecidos, hablaban, reían, batían palmas en señal de júbilo; las damas, los caballeros todos, se empujaban por las escaleras, pues todos querían ver de cerca los cadáveres de los alemanes.

De cuando en cuando oíanse exclamaciones, plácemes.

— Buen heredero tiene Jurand...

— ¡Bravo muchacho!

— Mirad, golpe tan magnífico, ese no le diera ni el terrible señor de Spichov!

Una multitud de curiosos rodeó el cadáver de Rotgher, que yacía pálido, abierta la boca, y el hombro hendido.

Algunos se maravillaban de su estatura; muerto y tendido sobre la nieve, el alemán parecía aún más alto de lo

que era. Otros admiraban el casco empenachado, algunos tocaban su coraza que valía un patrimonio.

El teheque Glava, con dos servidores, se acercó á Rotgher para quitarle las armas. Mrokota de Motzgirov, quitó el casco á Zbishko, y cubrióle la cabeza con un birrete de paño rojo, porque el joven respiraba anhelosamente, y su rostro denotaba cansancio.

Rodeado de los caballeros, entró en una habitación y se arrodilló ante los príncipes.

Janush, estrechando entre sus brazos al joven le dijo:

—El Señor ha juzgado y dirigido tu mano, bendito sea su Santo nombre.

Luego devolviéndose hacia De-Lorsh, añadió:

—Te tomo por testigo á tí, caballero extranjero, y á todos vosotros de que Zbishko combatió según costumbre y que la justicia de Dios se cumplió como se cumple en todas partes.

Los caballeros aclamaron las palabras del príncipe, y De-Lorsh dijo que no solo atestiguaba que todo había pasado según las leyes caballerescas, sino que si alguien en Malborg ó en otra parte lo negase, él, De-Lorsh, le retaría á singular combate, así fuese un caballero ó un gigante más fuerte que el mismo Merlin.

La princesa dijo á Zbishko:

—¿No está contento? Alégrate y da gracias á Dios por haberte salvado del peligro, y que no te abandonará en lo porvenir.

Zbishko replicó:

—¿Cómo puedo estar contento, señora?—Dios me ha concedido la victoria, pero mi Danusia está lejos como antes.

—Tus enemigos más temibles han muerto. De-Lorsh ha dicho que irá á Malborg para hablar al gran Maestre de Danusia y los cruzados no desoirán su voz.

—Que Dios proteja á De-Lorsh; también le acompañaré.

La princesa interrogó intranquila:

—¿Por qué? ¿para hallar una muerte cierta?

Zbishko, cruzando las manos repuso:

—Juro á Dios que iré á Malborg; mas me gusta batirme con los alemanes que saben que mi Danusia gime en prisiones.

Hablaba con tanta pasión que la princesa comprendió la inutilidad de disuadirle de su intento.

Zbishko debía permanecer, según costumbre de aquel tiempo, veinticuatro horas en el lugar de la lucha; para patentizar que quedó dueño del campo y por si alguno de los parientes ó amigos del vencido quería desafiarle.

Zbishko, después de descansar, vistió de nuevo sus armas y se sentó en el patio del castillo esperando al enemigo que naturalmente no llegó.

A media noche, cuando los heraldos anunciaron por última vez su victoria, Dlugoliass le invitó á cenar en compañía de los príncipes.

VI

Janush, después de celebrar una especie de consejo con sus cortesanos, dijo:

—Siento verdaderamente que no tengamos ninguna prueba de la culpabilidad del difunto Rotgher. Los templarios niegan, y negarán eternamente, toda participación en el rapto de Danusia. ¿Y qué podremos responderles? La carta de Jurand es un testimonio en contra nuestra.

Después, dirigiéndose á Zbishko, añadió:

—Dices que la carta fué escrita bajo la influencia de amenazas y quizá es así; pero los templarios tienen pruebas en contra y pueden acusarnos.

—Han confesado que tienen á Danusia prisionera.

—Es verdad, pero ahora dicen que se engañaron.

—Sus mentiras,—observó Dlugoliass,—son como las selvas... al principio se advierte algo, después no hay quien pueda adivinar nada.

De-Lorsh añadió:

—El gran Maestre es más honrado que los demás templarios.

—Así es; el Maestre es bueno por naturaleza; pero no tiene autoridad para hacer obedecer á sus súbditos. Habladle, caballero De-Lorsh, y decidle lo que ha ocurrido.

Añadid que lo que se ha dicho de haber arrancado á la muchacha de manos de unos bandoleros, es falso.

—Ciertamente,—dijo De-Lorsh.

—No hay bandoleros capaces de atreverse con la hija de Jurand.

—Así lo creo.

Zbishko abrazó á De-Lorsh y éste se sintió sofocado.

El príncipe preguntó:

—¿Marcháis?

—Sí, ilustre señor.

—Rotgher ha dicho,—dijo el príncipe,—que únicamente vive Sigfrido, y que los demás fueron heridos por la mano de Dios. En cuanto á él, es el menos terrible de los templarios, pero de todos modos, es preciso arrancar á Jurand y á Danusia de sus manos, y para ello escribiré al gran Maestre,

Zbishko abrazó al príncipe y después despidióse de él y de los demás caballeros, pues pensaba partir pronto.

Zbishko y De-Lorsh partieron al día siguiente con Glava, que quiso seguirles á pesar de que su amo temía por él, yendo á Malborg, donde los templarios eran dueños absolutos.

—Vamos á Malborg,—exclamó Zbishko;—Dios sabe cuando volveremos...

—El señor quiere luchar con los templarios,—observó Glava;—deseo, pues, acompañarle.

—No,—contestó Zbishko,—no quiero retar á nadie, á no ser que me obligaran las circunstancias, y tú, Glava, quedarás en Spichov.

—He jurado seguiros siempre; ¿y si os sucediese alguna desgracia, qué diría á mi señora al volver á Zgogelitz?

—¿No has jurado obedecerme?

—Sí, pero también no abandonaros nunca; os seguiré de lejos de todos modos.

—No, no te arrojo de mi lado, ni lo haré jamás, pero

comprende que, viniendo ahora conmigo á Malborg, no puedes ayudarme en nada.

Y le esplicó las causas que le movían á ir acompañado únicamente de De-Lorsh,

Llegados á Spichov, los dos caballeros fueron recibidos por el sacerdote Kaleb, quien, después de cenar, les enseñó el testamento de Jurand, sellado cuidadosamente.

—Lo ha dictado la noche que precedió á su marcha para Tzeitna,—dijo el sacerdote.—Evidentemente creía no volver.

—¿Por qué no me avisasteis?

—No podía, pues su última voluntad me la comunicó bajo secreto de confesión.

—No ha muerto aún.

—Esperemos en la clemencia de Dios.

—Voy con este caballero para rescatar á Jurand de manos de los templarios.

—Si creéis eso, es que no les conocéis; únicamente Dios puede salvarle.

Kaleb leyó el testamento. Jurand dejaba su fortuna á Danusia y á sus hijos, y caso de no tenerlos á Zbishko.

Cuando Kaleb hubo acabado de leer el testamento, hizo prestar juramento á los criados, los cuales creyeron que debían partir al punto para libertar á su amo, pero con gran sentimiento supieron que debían permanecer en Spichov.

Zbishko recomendó á Glava que fuera á ver á su tío Matzko y le diera noticias suyas.

Entonces Glava le dijo después de dudar un momento:

—Quisiera... quisiera... preguntaros lo que debo decir allá abajo.

—¿A quién?

—A los de Zgogelitz.

—¿A Jaghenka?

—Sí.

—Quizá se ha casado ya con alguno de sus adoradores.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—El respeto me veda contestar.

El escudero, que amaba ya á Zbishko, experimentaba compasión por Danusia, pero no la quería como á Jaghenka; pensó que ésta tendría gran disgusto al saber el casamiento de Zbishko.

Por la noche, Zbishko oyó llamar á la puerta y apareció Zanderus que dijo:

—Señor, me habéis salvado la vida, y ahora que soy libre, os ruego que me déis dinero para ir á Germania, y allí, quizá os pueda servir de algo.

Zbisko iba á echar al importuno, pero reflexionándolo mejor, le arrojó una bolsa y dijo:

—Toma, y vete; creo que te vas á reir de mí; pero si no eres un pícaro redomado, y te sirve de algo este socorro, sírveme cuando llegue la ocasión.

—Me reiré, señor, pero no de vos, que sois un verdadero hidalgo á quien serviré lo mejor que sepa y pueda.

VII

Sigfrido, estaba á punto de partir para Malborg, cuando recibió la carta que Rotgher había escrito antes del duelo; en ella esplicaba cuanto había ocurrido, y decía que no estrañase su tardanza, porque teniendo pendiente un desafío, quizá la suerte de las armas le impidiera su pronto regreso.

Añadía en la carta: «El adversario es un niño y su sangre será como un homenaje hecho á la orden.»

Sigfrido quedó sorprendido al saber que la hija de Jurand estaba casada, y comprendió que la Orden tenía un nuevo y temible enemigo.

El anciano templario comprendió que el gran Maestre dispondría que se hicieran pesquisas en Tzeitna, aunque no fuera más que para justificarse ante el príncipe Janush.

En Malborg, amenudo acerca de la guerra que se pensaba declarar al rey de Polonia y se deseaba que el príncipe de Masovia se declarase neutral al estallar tal guerra.

Sigfrido, que en todas ocasiones pensaba en la prosperidad de la Orden, meditó acerca del partido que le convenía tomar.

No sabía si poner en libertad á Jurand y á su hija y atraérselos á su causa por medio de promesas y satisfacciones, ó hacerlos desaparecer del mundo de los vivos.

—¡Aconséjame, Señor! no sé lo que más me conviene hacer; ilumineme tu soberana inteligencia; lo que me aconsejes para bien de la Orden, lo ejecutaré aunque debiera recoger como premio la esclavitud ó la muerte.

Sigfrido apoyó la frente contra los pies de un crucifijo y le pareció que los labios sacrosantos murmuraban:

—Levántate y espera, la vuelta de Rotgher.

Obedeció el celeste mandato y pensó:

—Rotgher matará al muchacho y yo ocultaré ó mataré á Jurand y á su hija, ó les pondré en libertad, según aconsejen las circunstancias.

Aquel pensamiento confortó el atribulado ánimo de Sigfrido, quien pensó que verdaderamente Dios estaba de su parte en tan nefasta empresa.

Recordando luego el afecto que sentía hacia Rotgher, tembló un momento por su vida, pero luego pensó que sabría vencer á su enemigo.

Pensando que Rotgher vertería sangre polaca se alegraba íntimamente pensando:

—El juicio de Dios honrará la acusación formulada contra la Orden, y la justicia triunfará.

El viejo komptur, que había dicho estas palabras en alta voz, quedó como impresionado al oír sus conceptos.

—Rotgher lucha por defender la inocencia de los templarios, que en realidad son culpables. ¿Y si ocurriera una desgracia? ¡Oh! es imposible, porque Rotgher dice que Dios protege á los guerreros de la Cruz, y pronto volverá vencedor.

Así tranquilizado, el anciano se preguntó si sería conveniente alejar á Danusia, pero se resolvió por la negativa pensando que un ataque no era de temer por parte de Zbishko, á quien Rotgher debía ya haber muerto.



El templario ordenó que el castillo se pusiera en pie de guerra esperando la vuelta de Rotgher,

Pero éste no volvía; y una tarde oyóse el toque de una trompa que indicó al castellano de Tzitna que algo extraordinario ocurría.

Ordenó á un criado que se enterara, y volvió al poco rato con rostro contristado.

Como estaba ya algo obscuro, Sigfrido no vió aquella espresión y preguntó:

—¿Han llegado?

—Sí,—contestó el criado.

Su voz tembló y el templario, al oír aquel extraño acento, preguntó:

—¿Y Rotgher?

—También lo han traído.

Sigfrido se puso en pie, y apoyándose en la poltrona, dijo con voz sofocada:

—Dadme la capa.

Obedeció el criado; Sigfrido se caló la capucha y salió al patio donde algunos soldanos formaban un grupo.

El resplandor de las antorchas iluminaba el obscuro ámbito y de repente se oyó una voz que decía: ¡Rotgher ha muerto!

Sigfrido se acercó al carro en el que se hallaba el cadáver del templario y levantando un extremo de la manta gritó:

—¡Traedlo! ¡Traed luz!

Uno de los soldados acercó una antorcha. El rostro de Rotgher estaba pálido y envuelto en un pañuelo negro para impedir que se le abriera la boca.

El komtur miraba el cadáver sin hablar; los soldados callaban al ver dolor tan grande, pues sabían que Sigfrido amaba al joven templario como si fuera su hijo. Una lágrima saltó de los ojos del viejo; un sollozo conmovió su pecho; su rostro estaba tético.

—¿Así me lo traéis?—dijo á los soldados.

Luego, dirigiéndose á los criados, ordenó.

—A medio día quiero un ataud aquí.

—Ha quedado uno de los que preparamos para la gente que mató Jurand.

—¿Dónde está Fan-Krist?

—También le mataron,—contestó un soldado.

—Bien.

Sigfrido se alejó á pasos lentos, se sentó en un sillón de la gran sala del castillo y permaneció inmóvil durante horas y horas. Los criados temían por su vida, cuando de repente el anciano se estremeció y gritó:

—¿Dónde está Rotgher?

El siervo, que por el cansancio estaba medio adormilado, se levantó de improviso y aún adormecido contestó:

—No lo sé.

El viejo sonrió.

—Te pregunto si ya está en la capilla.

—Sí, señor.

—Di á Diderich que venga con una linterna y que espere mi vuelta; dile también que traiga carbones encendidos. ¿Está alumbrada la capilla?

—Alrededor del ataud arden cirios.

Sigfrido, cubriéndose con la capa, salió de la estancia y entró en la capilla, donde después de ver si alguien espiaba, cayó de rodillas junto al ataud.

Sus labios no se movían; no oraba; tenía los ojos fijos en el rostro querido de Rotgher, como si quisieran buscar en él un hálito de vida. De repente abrazó el cadáver gritando:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!

Con su mano amarilla y seca tocó los miembros de Rotgher buscando la herida, hasta que halló el tremendo tajo en el hombro, y palpando toda su extensión, murmuró con voz doliente:

—¡Oh! ¡qué terrible golpe! ¿Y tú, infeliz, decías que tu adversario era un niño? Toda la espalda está destrozada,

esta espalda que tantas veces ha cubierto las armas de la Orden; ¡maldita sea el hacha polaca! ¡hijo mío! el Señor no te ayudó porque defendías lo injusto y has muerto con la mentira en los labios, sin confesión... y quizá tu alma...

Sus labios temblaban; y luego repuso con voz agitada y triste:

—Sea Jesús clemente, y si tú, Rotgher, no estás en el infierno, muevete, abre los ojos hazme oír tu voz que tan grata me ha sido.

Diciendo esto acercó el rostro al cadáver, pero al punto se retiró disgustado.

—Te corrompes ya, y no puedes oirme, hablaré por tí y tu alma me oirá, ¿te acuerdas de lo que juramos hacer cuando el sacerdote nos prohibió matar á Jurand? Mantendré mi juramento aún cuando deba condenarme.

El viejo se levantó, cubrió el cadáver con un amplio manto, y se fué á la sala donde dormía el siervo, donde Diderich aguardaba sus órdenes.

Dideritch era de baja estatura, patizambo, de rostro cuadrado; vestía un kattun de pieles atado con un cinto del que colgaba un manojo de llaves, y un corto puñal. En la diestra, llevaba una linterna, y en la izquierda una antorcha.

—¿Estás listo? — preguntó Sigfrido.

Diderich se inclinó.

—Te ordené poner carbón en el recipiente.

El criado sin decir palabra, se acercó al hogar y tomó unas ascuas.

—Oyéme, ahora, una vez, dijiste lo que te había ordenado De-Danfald y te hizo arrancar la lengua; ahora podrías explicarte por medio de la mímica, pero te advierto, que si haces un solo signo, te mato.

Diderich, se estremeció.

—Conduceme á donde está Jurand.

El mudo se dirigió por un corredor obscuro y largo que

rodeaba el palacio y entrando por una puerta oculta entraron en un patinillo rodeado de altísimas murallas.

—Espera, —dijo Sigfrido, respirando anhelosamente.

La luna enviaba su pálida luz y Sigfrido pensaba que en una noche parecida, Rotgher partió para la corte de Janusk, donde halló la muerte.

—Ahora yaces en la capilla, pobre hijo mío, —murmuró Sigfrido.

Entraron, después, por una portezuela á otro corredor estrecho y sombrío que daba á un calabozo, donde estaba el temido guerrero de Spichov, tendido sobre un montón de paja. Tenía aprisionados pies y manos; vestía una mala túnica manchada de sangre.

La estatura de Jurand era tan imponente, que al entrar en el calabozo hubiera dicho cualquier que no era un hombre sino una roca esculpida en formas humanas.

Sigfrido ordenó que acercara la antorcha y durante unos momentos gozó al contemplar el rostro demacrado del prisionero. Después con satánica voz, —dijo á Diderich.

—¿Tiene un solo ojo, quémalo?

Había hablado acentuando las palabras con feroz complacencia para hacer aquella espantosa, más feroz todavía. La mano del verdugo tembló; la antorcha se bajó y abrasadas gotas de resina, cayeron sobre el ojo del desdichado.

Jurand se retorció, erizáronse sus cabellos, crugieron sus dientes, pero no lanzó ni un gemido ni un lamento.

Sigfrido que miraba con horrible complacencia el tormento, murmuró:

—Te han prometido la libertad y la tendrás, pero cuando no te será posible acusar á la orden porque la lengua que pronunciaría calumniosas palabras, te será arrancada.

El verdugo comprendió, y apoyando una rodilla sobre el pecho de Jurand cumplió la inhumana orden. Durante

unos momentos, solo se oyó en el calabozo ruido de lucha y de cadenas, y luego un gemido sordo, desgarrador.

Sigfrido, cuando Diderich se levantó, dijo:

—He prometido á Rotgher á quien mató el marido de tu hija, tu mano.

El mudo sacó el cuchillo, y satisfizo el deseo del viejo.

Después de aquella tremenda ejecución, los dos hombres se alejaron. Al estar en el patio, Sigfrido pensó:

—Diderich está mudo, y no hablará por señas porque tiene miedo. ¿Quién podrá afirmar que Jurand no quedó mutilado en la lucha?

Al pensar en Jurand, el terrible viejo sonrió ferozmente.

Quedará libre, — dijo con mofa, — porque los templarios cumplen sus promesas.

Luego sintiendo que le faltaba el ánimo después de emociones tan tremendas, murmuró:

—También mi fin se acerca, porque sino pondría sobre tu tumba la mano que te ha matado.

Crugieron sus dientes, un estremecimiento invadió su cuerpo.

—Tu matador vive aún, y le encontraré, pero antes de herirle en el cuerpo, le heriré en el alma.

El anciano se acercó luego al cadáver de Rotgher que empezaba á corromperse.

Sigfrido, horrorizado, abandonó la capilla. En su cuarto se echó sobre la cama con la esperanza de dormir, pero un sentimiento de pavor se apoderó de él y le pareció que la muerte le llamaba, é instintivamente saltó de la cama, diciendo:

—Espera hasta mañana.

Un espíritu infernal le aconsejó el complemento de su venganza; pensó en Danusia.

—¿Esta noche misma?—se preguntó.—Sí... todos duermen hasta quizá Jurand; no puedo tranquilizarme ni estar en mi cuarto, porque la muerte me espera; tú, Rotgher;

ries en tu ataúd, y yo, tiemblo. La monja me ayudará.

Diciendo esto; se encaminó hacia la torre y empezó á subir la escalera á obscuras, porque se había olvidado de tomar una linterna. De repente se detuvo; pareciale oír la respiración de un hombre ó de un animal.

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó.

Sigfrido era valiente y no temía la muerte pero ante lo desconocido, temblaba.

—¿Si fuera el diablo? pensó

Sus cabellos se erizaron.

—¿Quién hay?—preguntó nuevamente con voz sofocada.

Entonces un cuerpo pesado chocó contra el viejo violentamente.

Cayó sin lanzar un solo gemido, y de la torre salió una sombra negra que se dirigió hacia el establo. Un perro siguió á la sombra, y otro, topó con el cuerpo de Sigfrido. El perro ladró furiosamente, y en el silencio de la noche el ahullido del can resonaba de un modo lastimero. El guardián de la torre abrió una puerta, y hacha en mano, persiguió al animal.

—¡Toma!—exclamó,—así aprenderás á ahullar.

Al inclinarse, advirtió que un hombre yacía en el suelo.

—¡Jesús!—exclamó,—¿qué ha sucedido?

Después á voz en grito profirió:

—¡Socorro! ¡Socorro! y tirando de la cuerda de la campana la agitó con fuerza.

---

## SEXTA PARTE

---

### I

Glava apresurábase á llegar al término de su viaje, pero los caminos estaban tan malos, que apenas se podía adelantar; á los fríos intensos y á los abundantes nevascos, sucedieron las nieblas y la lluvia que derretía la nieve acumulada en montañas y valles.

Los bosques no parecían ya, como un fantástico laberinto blanco, y el agua bañaba de tal modo los caminos que era preciso seguirlos con gran cuidado.

Glava veíase obligado á pedir á menudo hospitalidad en los castillos de los nobles que según la antigua costumbre, hospedaban á los escuderos de los grandes señores.

Marzo tocaba á su término, cuando el tcheque llegó cerca de Bogdanetz y de Zgogelitz. Ansiaba ver á su querida dueña, pero se decidió á ver primero á Matzko, porque así se lo había ordenado Sbishko.

Llegó á Bogdanetz por la tarde; Matzko estaba en el bosque, y cuando llegó á su casa, quedó sorprendido al